

Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 75

Article 29

2012

Los cristales de la noche (Fragmento)

Carlos Noguera

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Noguera, Carlos (April 2012) "Los cristales de la noche (Fragmento)," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 75, Article 29.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss75/29>

This Voces de Venezuela is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

CARLOS NOGUERA

LOS CRISTALES DE LA NOCHE
(Fragmento)

*E*l carro trepó la última cuesta; de súbito, la barrera de niebla se despejó para dar paso al paisaje de la pequeña meseta: un edificio de dos plantas con fachada en piedra viva y pórtico de madera rústica precedido por una galería techada donde colgaba el rótulo: “Hotel Los Cuatro Pinos.” El trayecto desde la ciudad les había tomado unos 45 minutos. La segunda mitad del recorrido a partir del camino de penetración que se desprendía de la carretera principal había sido el más pintoresco, pero también el más arduo. Una carretera estrecha que se adelgazaba en las curvas y trepaba por la falda de la montaña, serpenteando entre pinos y bancos de neblina y quebradas de vidrio hasta la meseta del hotel.

El aire estaba helado y bruñado por minúsculas gotas de agua que parecían flotar como motas de polen. Era noche cerrada. El viento soplaba sobre la neblina y la describía. Al salir del techo de ramas, podía mirarse el apretado abanico titilante en lo alto y, a un costado, el gajo plateado, delgadísimo.

Leo sintió que la piel se le erizaba bajo el chaquetín térmico y se frotó las manos. Cuando Arturo le habló del refugio de montaña y del aire helado que le esperaba en la noche del día D, ella pensó en aquel chaquetín de venus de tacarigua inflada que comprara en Londres tiempo atrás: aquel “forro mágico,” aquel bolsón tosco, descuidado, que de tantas tormentas repentinas la sacara viva todavía y calentita. Sonrió y miró a Arturo por la esquina del ojo, sin volverse: El Seminarista escrutaba el terreno y hacía zigzaguear el carro entre los troncos y las piedras que cambiaban el estacionamiento en un campo minado.

Se figuró desnuda por primera vez bajo la mirada de Arturo y le gustó la imagen: despojada de la chaqueta, sin una sola prenda velándola, debía lucir más femenina a pesar de aquel capricho que a última hora la llevara a borrarse el maquillaje.

Si bien la voz que jugara a la seducción durante aquel primer encuentro con Arturo en El Calígula procedía de *su* Leonardo (¿Quieres ser mi novia?), los días que siguieron fueron, sobre todo, un coto privado para que *su* Leonor desplegara algunos dardos y algunas redes de su arte de cetrería.

¿Cálculo de riesgo? Para nada. Se trataba más bien de una suerte de balance espontáneo que uno y otra establecían de modo intuitivo, y que resultaba en un predominio de *su* Leonor cada vez que las circunstancias trazaban un acercamiento...digamos de juego de seducción de ella hacia Arturo; o, recíprocamente, cada vez que El Seminarista lo trazaba hacia ella. En los valles entre picos, en cambio, cuando los dos podían actuar como amigos, o como cuerpos neutrales en un campo que ni los alejaba ni los aproximaba, o incluso como rivales transitorios en una discusión trivial, era *su* Leonardo quien surgía y parecía mostrarse a su aire, como un viejo amigo que Arturo hubiese conocido en la infancia entre los patios del San Ignacio o en la adolescencia temprana, en algún claustro del seminario de Montaña de la Virgen.

Si *su* Leonor lo recibía y lo acariñaba y lo dejaba jugar entre un pezón y otro de aquellos senos breves y firmes que él, por el tamaño y la consistencia llamaba puberales (y que ella acostumbraba llevar libres bajo la ropa, una franelilla de algodón de domingo en la mañana, por ejemplo, y él que la saludaba y la besaba en el torso y aquello que bastaba para que traviesos ellos que eran, ¿cómo hacía ella para embridarlos, amor mío?, las puntas de la areola se alzarán como dos sorpresivas semerucas bajo la tela fragilísima), si *su* Leonor, decíamos, lo trastornaba con estas travesuras al salto, *su* Leonardo, por su parte, podía recorrer de punta a cabo los senderos del Jardín Botánico a su lado, manteniéndole el paso, contándole chistes colorados, retándolo, discutiéndole, empujándolo o pasándole amigablemente el brazo por el hombro, como dos compañeros de equipo en la liga universitaria de béisbol, que van a refrescarse con cervezas después del partido.

¿Y Leo? A Leo ella la experimentaba como la síntesis de este prisma de dos caras que, al balancearse de uno a otra y regresar, la erigía como eje y cuerda del péndulo. Y era también, quiero decir Leo, su cara pública y social más frecuente, por más que aquí y allá, en una mesa de tasca, en una reunión de *Cuaderno Libre*—sí, ya había sido admitida por los revisteros—, en un sarao del trabajo, cualquiera de sus duendes solidarios asomara la nariz o deslizara opiniones, poses, actitudes, que, al combinarse provocaban, sobre todo entre desconocidos, reacciones que podían ir desde el estupor a la burla y que nunca excluían la viva curiosidad. Ella (o él) conocía muy bien este efecto de inocente turbulencia que al margen de su voluntad las mezclas de los duendes solidarios disparaban en los otros. Y no le preocupaban de un todo. O sólo la preocupaban, o la ocupaban a secas, en determinadas circunstancias, cuando la persona que la miraba o la oía guardaba para ella una significación especial. Así le había ocurrido con Arturo. Flechazo, alquimia instantánea, declaración en el primer encuentro. Cuando aquella noche en El Calígula sintió que *su* Leonardo asomaba

y se le deslizaba en la voz para hacerle la invitación a Arturo (¿Quieres ser mi novia?), ella no lo detuvo. Le permitió hablar y actuar, acaso para medir la reacción de El Seminarista...y replegarse a tiempo si resultara necesario. Pero Arturo no la defraudó: aceptó y celebró el acuerdo riéndose a dos bocas con ella. Si lo había tomado por una impostura divertida o por una confesión, poco importaba: le interesó, sí, la reacción eufórica de El Seminarista, que ninguna duda dejaba sobre su interés por ella.

Un alborozo que, como inicio, marcaba a la vez promesa y llamada recíproca. Y decimos bien “por ella”: desde este comienzo, su intención la persuadió de que la atracción y el deseo que Arturo experimentaba eran resortes impulsados por ella o, a lo sumo, por ella más algún rasgo añadido que provenía de *su* Leonardo—como la silueta ambigua que el blazer negro le propiciaba o como esta salida chistosa de la declaración “caballeresca”—pero en ningún caso por *su* duende masculino a secas.

Salvo desbalances involuntarios, esta exitosa combinación del primer día continuó presentándose en los encuentros siguientes bajo la misma fórmula: Leonor como base y pivote, y algún trazo de Leonardo brotando en un momento o en otro, o incluso dominando la escena por completo durante algunos minutos, para desaparecer abruptamente como llegara, cediéndole el entarimado a cualquiera de *sus* dos “damas.”

Me pregunto si ella estaría de acuerdo con este párrafo. Aún revestida de Leonor, su silueta alargada, “elegantemente desgarbada,” entregaba en parte ese aire de muchacho adolescente, caprichoso, a veces ensimismado, que constituía la tarjeta de presentación de Leonardo.

Por eso ahora, recostada en la butaca del carro que Arturo aproximaba a la defensa—un tronco grueso acostado paralelo al muro de piedra—en figuración adelantada de su imagen despojada del chaquetón inglés, desnuda y por tanto más femenina frente a El Seminarista, en el cuarto que esperaba por ella, la cosquilleó y la obligó a sonreír. La elección del busacón sintético había sido un capricho de Leonardo, que Leo, arrebuja en su segundo plano, había celebrado con una carcajada silenciosa.... Así que buena parte de la tarde la había gastado pateando el cuarto en círculos, apreciándose frente al espejo, primero desnuda, los breves senos sacudidos por los saltitos de rana, alternando el pie del impulso, como si jugara a la rayuela o saltase la cuerda, y enfundada luego en blusas, pantalones, faldas, franelas, suéteres, bufandas, lentes, guantes, pantaletas, calzoncillos, medias de lana, de seda, rodilleras, cachuchas, camisas cuello duro, yuntas, corbatas, chalecos, sombreros, morrales, carteras, mapires, cintas, sacos, chaquetas, cinturones, unos detrás de otros, apostando a la similitud o al contraste, medias de seda con chaleco apache y corbata sobre el torso desnudo; o chistera, rodillera, zapatos de tacón y cinturón con cacerina terciada, por ejemplo; o calzoncillos de pierna larga con bufanda rosada y botas de minería por ejemplo, y todo esto danzando junto a *su* ella (o *su* él) al ritmo de una tamborera barloventña y del sahumero antiguo de aquellos trapos largamente atesorados,

y las ceremonias de seducción con *su* Leonardo y *su* Leonor relevándose, disfrazándose, cubriéndose, travistiéndose, desnudándose, llevando el paso o dejándose llevar, el tambor y la negra que maraquea la cadera acosada por *su* Leonardo, quien al prestar oídos a la tamborera por un instante que se alarga en dos y en tres, desatiende su centro y, descuidado, se deja desdoblar en *su* Leonor ahora atraída por el negro (¿pero cuál?), coqueteante, casquivana, envolvente y caracoleante, decidida a pasar la mano, desliza en efecto los dedos sobre los muslos del negro, tac, tac, tum, taquí ti taquí, tum, ¿pero cuál?, ella misma, él, soy tú y soy yo, negro, negra, déjate y menéate, y una pañoleta apenas le atenaza la cintura y le resbala en la entrepierna, ¿cubriéndole qué? ¿Una ranura de Venus o una pinga?, las dos cosas, por supuesto, qué más daba, una después de otra o al mismísimo tiempo, que más daba, lo importante era que me dieras, negro, que te dejaras dar duro, negra, yo, tú, los cueros de los tambores, qué loca eras, qué loco, y en fin, antes del telón, allí volvía *su* Leo, agazapada en un rincón durante todo el jaleo, a ponerle orden a los dos, tú, Leonor, putita, y tú neurótico de pacotilla, a los dos, sí, y de nuevo frente al espejo, los tres sin mentiras, sin fantasías, por favor, *su* Leo y una cara solitaria que ama, tres caras solitarias que amamos todos al notísima de Arturo, ¿no?

¿Exhausta? Sí, exhausta, vaciada sobre la moqueta de sisal: cuando se estiró largo a largo, boca arriba, mirando el cielo raso, todavía se dejaba sacudir por las risas con que celebraba sus ocurrencias. ¡Buena tenida de baile caliente que había logrado, ella con ella y con él, es decir ella: una fiestecita solitaria, privada, que, al anticiparle el encuentro con Arturo, la hacía colocarse en pulso de cuerpo! Tomó una larga bocanada de aire, haciendo conciencia plena de que tomaba una larga bocanada de aire y, a continuación, la dejó escapar con la misma lentitud con que la recibiera. Se sintió relajada y tranquila y se dijo que hacía bien en sacar provecho de esas poco frecuentes ocasiones en las que ella y sus dos duendes descocados (¿o eran tres duendes y ninguna “ella”?) entraban en sintonía no sólo armónica sino dichosa. ¡Habían bailado! ¡Todas sus chifladas partes haciéndose carantoñas unas a otras! ¡Aquello no podía ser un mejor augurio para la noche!

Practicó tres veces seguidas el ejercicio de respiración consciente y, de súbito, experimentó un estremecimiento. Unos minutos antes ardía y sudaba, pero ahora temblaba de frío y la piel se erizaba. El ventilador, que dos meses antes había clavado contra el cielo raso, movía sus aspas. Se puso de pie, haló la cadena que detenía el mecanismo y buscó con la mirada entre el batiburrillo de ropa, prendas y zapatos que la batalla de los tambores había sembrado en el piso: no sabía a ciencia cierta qué rastreaba, pero igual lo encontró: colgado al descuido de la cabecera de la cama (debió desmayarse allí en algún momento de la rotación de disfraces) se hallaba el chaquetón azul.

Recordaba al detalle las circunstancias en que lo había comprado: había sido a comienzos de septiembre, dos años antes, en el verano de su escapada a Londres. ¿Y la tienda? Con toda seguridad se había tratado de aquella covacha

de Camden a la que pronto se aficionó. Andaba corta de fondos y la galesa orientalista que conociera en su primer día le había dado el consejo. Aquél chaquetón, querida, iba a servirte para todo mientras cruzabas el otoño y el invierno de París, tú, caribeña y caliente, ya verías. Y así fue: un acierto por toda la línea.

Levantó el grueso bolsón y se lo ajustó al cuerpo desnudo. El espejo le devolvió una figura azul, de mini a mitad de muslo. Con el cuello alzado contra la mandíbula y el cabello corto, la cabeza era la de un chico bien parecido, pero las piernas, firmes y regulares, resultaban inequívocamente femeninas. Adelantó la rodilla izquierda, apenas flexionada por el impulso del pie, abrió la chaqueta hasta la línea de los senos y se llevó ambas manos a las caderas. Permaneció en pose, como esperando el disparo de la cámara, y aprobó el resultado. El chaquetón era tosco y masculino pero, justo por eso, al desplazarlo, la piel desvestida la favorecía por contraste. Sacudiría el cabello, por supuesto, pero nada de maquillaje. No era cuestión de desconcertar a Arturo justo en la noche del día D, deslizand o añadidos desconocidos para él y con los que ella nunca había tenido interés en ponerlo en contacto, ni siquiera cuando andaba en vena de Leonor.